

COSAS  
*DE*  
NÚMEROS  
*&*  
DESEOS

CHRISTOPHER CÓRDOVA



# Cosas de números y deseos

Christopher Córdova



*Shared Ink Editions*

Cosas de números y deseos  
By Christopher Isaí Córdova Rodríguez  
Copyright © 2019 by Christopher Isaí Córdova Rodríguez  
All rights reserved.

First Edition. 2019  
Mexico City, Mexico  
Shared Ink Editions

Ebook ISBN: 978-1-7330928-2-1

[christophercordova.mx](http://christophercordova.mx)  
[sharedinkeditions.com](http://sharedinkeditions.com)

Book design by Alexandra Aiza, adapted for ebook

Cover design: Alexandra Aiza. Canva Cover

# Índice de Dimensiones

I Prólogo 7

II 11

III 19

IV 21

V 27

VI 32

VII 36

VIII 38

IX 40

X 46

XI Sobre el autor 48

Para todos los que se atreven a albergar  
deseos de dimensiones latinoamericanas.

# I Prólogo

De Christopher Córdova se puede decir lo que en alguna ocasión escribió Vasconcelos sobre Carlos Pellicer "...Pertenece a esa nueva familia internacional que tiene por patria al continente". Y para no desertar de la línea de su ilustre paisano, Christopher dedica sus líneas a "...todos / los que se atreven a albergar / deseos / de dimensiones latinoamericanas. Partiendo del título que da vida a esta obra, *Cosas de números y deseos*, los primeros pertenecen a la sumatoria del Amor en donde cada participante de ese juego que al mismo tiempo es razón de ser, se mira como una entidad separada de la otra; unas veces por distancias geográficas, otras por la imposibilidad de alguno de los participantes de habitar permanentemente en la psique y la carne del otro.

Pero esos números tan habituados a "explicar tantas cosas" no resuelven la ecuación última, aquella "que permita prever un poco el rumbo irreversible de los besos". En este devenir, los deseos se transforman en mil formas de extrañar y demandar una presencia; la del elusivo objeto-sujeto amado empeñado en rechazar el alimento que la voz del amante provee. Nada es sencillo en esta obra, pues a cada página, el lector se halla ante la oportunidad de encontrarse en universos paralelos. Y hablar de encontrarse, se refiere a algo más que visitar con un ojo un café en Buenos Aires y con el otro encallar como ballenas en las costas de España; es también el encuentro con uno mismo a partir de once dimensiones. En ellas el autor nos remite a lo mejor de la tradición surrealista: el que apuesta a conjugar los estados del sueño y la vigilia.

En este enunciado de muchas voces, la realidad alterna - representada por las variadas dimensiones, el sueño y el deseo de que acontezca algo que lo saque de su agonía, de su no presencia - primero busca imponerse a la racional como una forma de cambiar todo lo que ésta ha ocasionado: ausencia, separación, tristeza, para al final aceptar lo inevitable, la conjugación en tiempo presente de los estados del sueño y la vigilia, del poseer en ausencia, de la omnipresencia que se inscribe en el universo del otro para, al fin, ocupar un mismo espacio.

A partir de un discurso que inicia casi como una charla de café, Christopher conduce al lector por cauces que si bien en un principio parecían tranquilos arroyos, conforme avanza la lectura se van transformando en un torrente tropical, en una danza que lo mismo se va moviendo a ritmo del swing o se entrega, a golpe del bandoneón de Piazzola, a la nostalgia.

En esta obra podemos observar la influencia que han dejado en él artistas como Dalí, Magritte y Leonora Carrington. El conjunto de líneas tan puras e inquietantes del primero, el empeño del segundo en provocar al observador para que quite a las cosas su etiqueta y las bautice por su cuenta y el coqueteo de la tercera con los seres que pueblan los sueños para acomodarlos a la vigilia.

También se puede sentir la huella que deja en el autor las Memorias de Adriano, de Margarita Yourcenar, maravillosa obra escrita en primera persona y cuyo destinatario es al mismo tiempo el que se asoma a su contenido y aquel a quien va dirigida la misiva.

La construcción de *Cosas de números y deseos* convierte a quien la recorre en un curioso incapaz de renunciar a ella. Ese diálogo

tan íntimo, tan de dos, se vuelve, para ese extraño llamado lector, un deseo irrefrenable por estar ahí. Se puede decir que su magia radica en formar círculos concéntricos que se alejan del objeto que los produce, el amor y el deseo, y regresar a su punto de partida como marea de astillas.

Julieta Ramírez David, Ciudad de México, Agosto de 2012.



"Suma el amor la resta de lo que amor se nombra"

Carlos Pellicer

## II

Es justo decir

que lo que vale es el hecho y no el cálculo sobre el hecho. Pensar que el dos precede al tres y que suma dos líneas iguales, contracturadas de derechas, y que se curva una sobre la otra en una posición deshonrosa tan sólo para darle al humano la idea de que aquella figura representa más (¿mucho más? ¿tantito más?) de lo que representa cada línea sola.

¿Cuál será el uno que se curva sobre el otro uno?

¿Cuál queda arriba como buscando algo y cuál abajo, absorto en ese espectáculo de contorsionismo numérico frente a él?

Vos, tú, usted:

uno de esos unos está en un café de Buenos Aires pasándose la mano por el pelo -carajo, ya tengo que ir a la peluquería- y leyendo uno de esos libros que quedan bien con esta ciudad escandalosa y escandalizada de sí misma.

Y aquello de lo que se habló (a medias) hace unos días está cruzando de sien a sien la cabeza del uno en cuestión cada cierto número de minutos: ese aquello se pavonea entre los brazos extendidos y enmarañados de las neuronas como disfrutando de un paseo mientras los reportes nítidos y puntuales de los ojos son brutalmente ignorados por el cerebro, centrado en el "aquello" llamativo,

magnético, irremediablemente aturdidor. Aquello que no hemos acabado de discutir vos y yo.

Es justo decir que dos unos hacen una pequeña comunidad (y ya se complica desde ahí el buen gobierno). Pero veces los niños nos recuerdan que los números son de juguete, que son objetos coloridos y esponjosos que hay que poner en un pequeño tablero del mismo material.

Terminada la ardua tarea, sus piernitas como resortes los empujan y aparecen en otro lugar con un nuevo juguete, o con alguna misión peligrosa en la que tratan de involucrarnos. Tienen razón: el error lo cometemos cuando queremos usar números para todo, llevarlos puestos en la ropa, amontonarlos en cuentas de banco con las que luego nos olvidamos los cuatro números que son la llave, ponerlos en la frente de las personas, o cosas ridículas como intentar seriamente contar las estrellas o los escaloncitos diminutos de una cadena de ADN.

Los niños nos ven como un montón de ridículos que no han entendido nada, se burlan de nosotros en secreto, se cartean entre países con seudónimos de grandes y leen sus comunicaciones a escondidas, tras los árboles en los que esperan mientras un adulto cuenta hasta diez para salir a buscarlos.

Me asusta cuando alguien habla de otros como si fueran números. Ya lo decía el principito, el adulto busca en un jardín de diez mil flores lo que puede obtener con una, el adulto busca en un escritorio lleno de números la certeza de que tiene suficientes estrellas para proceder a la compra de más estrellas. Como se dice en Argentina, somos unos boludos

importantes,  
esforzados,  
incansables.

Otro hecho:

Yo a usted, a vos, a ti te tengo una larga lista de cosas por decir. Es posible que algún día termine de enunciarlas y me quede largas horas pensando si ya fue todo o queda algo en el fondo del baúl. Y quizá nunca acabe, porque siempre que uno (uno de esos dos unos) quiere explicarle algo importante al otro uno salen cosas de todas partes, pensamientos que alzan la mano como nerds odiosos en la escuela que no dejan que el profesor termine.

Me infarta no tener la claridad de mente de (1) algunos presentadores de noticias, o (2) del histérico señor del kiosco de la esquina, que cada vez que pasás, te habla de una forma distinta, poseedor de la gracia del humor fluctuante, galardonado con el óscar al interlocutor más indolente, inoportuno y sincero:

(1) En otras noticias, el día de hoy me levanté, tomé un poco de agua porque me dijeron que era bueno para la salud tomar un vaso entero de agua al despertar. Después me lavé los dientes y mientras sacaba espuma por la boca y me daba cuenta de que tenía que irme a cortar el pelo, ¡pum! me acuerdo de que te quiero.

(2) Estos políticos son unos ladrones, todos son iguales, unas ratas voraces. Cada vez más caro todo, che. Esta ciudad está llena de pelotudos, y cada vez hay más, ellos votan a los más ladrones para gobernar y luego les reclaman. Qué tipos boludos. Che, se puso frío, ¿no? Antes en Buenos Aires a fines de abril entraba el fresco, ahora mirá, principios de junio. Y luego esos países que

ahora se dicen muy ecologistas nos rompen las pelotas con que no contaminemos, caraduras, si ellos le hicieron esto al clima, ellos contaminaron primero. Hay que ser caradura, eh. Qué lindo gol que metió Tevez ayer, así se juega carajo. Ya se me olvidó qué te iba a decir, bueno, no te hagás problema, cualquier cosa te llamo más tarde. Cómo te quiero.

Y así mi vida sería mucho más fácil, che. Pero bueno, es lo que hay. A veces pienso que tenés un poquito de miedo (y te entiendo). Soy un tipo complicado, complicante más que nada, con capacidad de complicar. Y a la vez es fácil advertir que vos me simplificás un poquito la vida. Como dijera Margarita (Yourcenar, la más grande de las Margaritas):

Cette aventure banalement commence enrichissait, mais aussi simplifiait ma vie : l'avenir comptait peu;

muy poco, cuenta muy poco, che. Y esa larga lista de cosas para decir como que se acorta mágicamente cuando digo lo que está al tope de la lista, pero que es de esos pensamientos tímidos, más bien corteses como los señores en las filas de los bancos que le ceden el lugar a las damas para que pasen primero al cajero. Así es esa idea de que te quiero, cortés, con gran sentido de civilidad. ¿La razón? La razón.

Por no hablar a tiempo uno se acaba dando una permisividad excesiva, las palabras terminan diciendo cualquier cosa, armando trampas en el bosque, sembrando minas en territorio propio, dándole con un martillo a la simplicidad, la habilidad más alta de los niños.

(2) Por eso estamos como estamos. No cabe duda que tenemos los gobernantes que nos merecemos. Yo no puedo creer lo mal que anda el transporte público. Cada semana huelgas de subte, y cuando no es de subte es de colectivos, y si no, de trenes. Y uno aquí laborando todos los días para que los vivos del gobierno hagan lo que se les dé la gana ¡Qué país tan generoso! La yerba mate subió al doble ¡al doble! Uy, yo me acuerdo de cuando era niño, nada que ver, pero bueno, qué le vamos a hacer. Bueno, me voy, te quiero, chau.

Qué lejos estoy del suelo donde he nacido, dice la canción mixteca. Soy un mexicano en Buenos Aires que canturrea algo mientras ceba mate. Inmensa nostalgia invade mi pensamiento.

Punto y aparte.

Tus ojos me encantan. Sé que es un cliché lo de los ojos, pero todo es un cliché después de Grecia.

Y al verme tan solo y triste como hoja al viento quisiera llorar, quisiera morir de sentimiento. Bah, la cantada no es lo mío. Me acuerdo que en Indonesia una vez me hicieron cantar para la tele, un papelón.

Sos hermosa. Eso hace que existas, ¿sabías? Bueno, eso dijo el principito (ça existe puisque c'est beau).

Esto de la existencia me tiene maravillado; ya me dijo un amigo que es físico que hay quien cree que contamos, ni más ni menos, que con once dimensiones. ONCE. Hasta la quinta como que medio entendemos, después se va haciendo difícil, las últimas te vuelan la cabeza. Y obviamente debe haber más. Dios no es ningún ocioso.

Si en siete días creó todo esto, ¿vos creés que se pasó tantos millones de años rascándose las orejas? Lo dudo, che.

Sabines, un poeta del sur de México dijo "amo, amo tus ojos, soy como el hijo de tus ojos". No sé a quién se lo habrá dicho, y la verdad no tiene mucha relevancia. Desde que lo publicó en un libro se lo dijo a todas las mujeres.

Por lo menos a todas las mujeres de esta dimensión, si no es que a todas las de las once dimensiones que me dijo mi amigo, que algunos creen que existen (basados en rigurosas fórmulas matemáticas). ¿Ves? Los números, los jodidos números, son capaces hasta de mostrarnos exactamente cuántas dimensiones incomprensibles nos rodean, nos atraviesan, nos aplastan. ¡ONCE! Y uno que se preocupa por boludeces.

Once dimensiones, otro encuentro de dos, unos firmes como soldados, dispuestos a volarte la cabeza. Once dimensiones, qué genial.

Por allá un dos, comunidad ingobernable en la que siempre hay un uno que se dobla confiando su integridad física al otro uno, como un trapealista en el circo que deja que su compañero de acto sostenga todo su peso y le ahorre la calamidad de una muerte instantánea y antiestética.

Por acá un once, infame cantidad de realidades paralelas, incomprensible discurso de Dios, recitado en once idiomas distintos, desde once nubes superpuestas entre sí. Dios no es ningún ocioso, mirá que eso es tener creatividad, che.

Quiero ver de cerquita tus ojos para ver si alcanzo a ver lo que pasa en algún universo paralelo en este mismo instante. Acércate,

sólo soy un curioso inter-dimensional. Un fisgón metafísico. Si tú eres parte de una ecuación que me incluye, estaría bueno tratar de ver cómo la pasan nuestros dobles en algún universo paralelo. Ve si en otro universo somos plantas ¡Qué poco práctico! O ve si somos paladines enfrentados a muerte en un duelo o ballenas que encallan en las costas de España (porque España es muy linda como para no existir en otros planos) y son rescatadas por activistas ambientales orgullosos de sí mismos, que de paso nos nombran y nos toman fotos para colgar en las paredes de sus casas y contarles a sus nietos la gran hazaña. Conforme pasen los años no seríamos dos sino cien ballenas las varadas. Qué heroísmo, joder.

O seremos tú y yo, sólo que huyendo de las reglas de la sociedad victoriana porque tu familia es noble y la mía no, ni siquiera burguesa.

O tú y yo, igualitos, sólo que locamente enamorados del arte abstracto, dos seres que agitan botes de pintura sobre lienzos en el suelo que luego vendemos por millones en las galerías de Nueva York mientras le explicamos a una pareja de coleccionistas que hay once dimensiones representadas en los cuadros que tienen en frente, sólo que el cerebro humano encuentra difícil comprender más allá de las primeras cinco. Cinco millones de dólares, best buy. L'amour est enfant de bohème, como ese par de caraduras que venden arte abstracto por cinco millones en un Guggenheim que no es blanco sino rojo (por razones cósmicas que no comprendemos esos caraduras somos nosotros mismos en este momento y aquí mismo pero en un universo completamente diferente). Es fascinante.



(1) Hoy mañana fresca en Buenos Aires. El termómetro marca cuatro grados centígrados. La máxima para del día, dieciséis. Es el inicio de una onda polar que durará casi toda la semana.

Abriguémonos bien. Uno contra uno,

pero

en once

dimensiones

diferentes.

# III

Búscame en el suelo que adolece todo este amor y la llovizna;

nada es para siempre y la ventisca ahí en el valle crece y reverbera. Húndete en el río de gente que dobla en la esquina:

tu mirada y la mía tiritan. Y ahí, donde más pequeña crees que eres,

ahí en medio del ensueño y la marea  
tus anhelos saltan como perros. Yo te dije,

nada dura en esta vida (y merecemos que no dure,  
merecemos que se quiebre cada cosa al llegar su día, yo no quiero

ser un tonto que entorpece  
el canto del tiempo que te teje y te desteje.

Yo no quiero ser de los que gritan  
que quieren que el sol arda pero sin consumirse,  
que la luna salga  
pero sin que con cada vuelta se aleje un poco más de la tierra).

Parece lógico pensar que este frío es en sí mismo un lugar;  
yo dentro del frío tengo espacio para extrañarte, para acomodar  
los recuerdos lindos,  
para tratar de editar las tardes en que discutimos tanto,  
en que nos retiramos la palabra y los besos.

Entre gota helada y gota helada cabe por lo menos un recuerdo.

Este es un frío amplio, diseñado para gente como yo, que espera en un puerto de Sudamérica a alguien que tiene cara de que no llega hoy. Es un frío ergonómico, un zapato que te calza bien y no se te sale.

Un frío, edición limitada, sólo para nostálgicos y / o expectantes.

# IV

Non ti scordar di me,

favor de no olvidarte de mí, ya ni sé cómo decírtelo. Ya sé que odias

mis anuncios parroquiales antes de cada despedida,

pero no sabes lo feo que resulta pensar que se te olvide recordarme, acariciar mi cabello de aire frente a ti antes de dormir, besarme en la frente cuando diga alguna tontería, no importa si no la dije, no importa si estamos a un vuelo de once horas de distancia, imagina la tontería y dila por mí, luego bésame en la frente.

Mi alma sabrá agradecer

el gesto, quizá en sueños me informe de lo malo que me estoy volviendo con los chistes, cuatro besos en la frente en el día, poco honroso parte de guerra, pero por lo menos vendrán de ti, por lo menos ese insulto delicioso, esa represalia linda será tuya (y será mejor que ningún signo de que te estés acordando de mí).  
¿Puedes?

Un amigo dice que le encantan las despedidas. Dice que le gusta sentir cómo cruje el corazón dentro, cómo se va partiendo, una grieta, dos grietas, un derrumbe, una implosión. Dice que eso le

hace darse cuenta de que está vivo, de que aún hay sangre ahí dentro, sangre corriente, dolores posibles, amores posibles.

Tus viajes me quiebran por dentro. No puedo decir otra cosa. Necesito quitarte unos minutos más, retrasarte un poco, bajar tus posibilidades de llegar a tiempo. Se pasó la hora y perdiste el tren / qué calamidad / por algo pasan las cosas / yo ya lo venía presintiendo / como una corazonada /  
¿te ha pasado? / Uno tiene que hacerle caso a su intuición / para algo está.

Bueno, basta. Vete, no tengo ya con qué entretenerte. Por favor, POR FAVOR, escribe al llegar. Por WhatsApp por lo menos, un tuit, lo que sea que te permita el aparatejo ese, que para algo lo tienes. ¿Llevas el cargador? Revisa.

Cómo me encantaría que te quedaras una noche más. Tú eres como esos cerros que uno no se cansa de ver. Dormir contigo no es descanso, no es nada parecido al descanso, todos los sentidos caen en la vorágine que eres.

Deseo seguir cumpliendo la tarea de quererte. A veces pienso que te mereces a alguien más culto que yo, a alguien que esté a tu altura, a tu nivel, a tu cordura. Eres un reto, gozas de mí como si yo fuera tu alumno. Aprendo, quiero aprender, quiero acercarme a esa explosión que eres, recibir el impacto, morir la muerte que sea precisa para complacerte.

Cortázar dijo que la esperanza pertenece a la vida, que es la vida misma defendiéndose. Bueno, corrección, no lo dijo Cortázar, lo dijo Etienne, y Cortázar sólo lo reportó oportunamente para el

público rioplatense. Te deseo. No sabes cuánto te deseo. No es sólo con tu cuerpo, es contigo el problema.

Estas grietas que se me hacen en el corazón cuando armas tu equipaje me hacen hervir la sangre. Me enloquece la idea de que puedas un día llegar a ser tan cruel como para no acariciar mi pelo mentalmente ni imaginar que me besas en la frente durante tu viaje.

Sabes que te quiero, mucho, y lo repito sólo para ver si esas palabras se te quedan impregnadas en la piel como un perfume, lo digo esperando que tu subconsciente elabore sueños a partir de eso, que tus células reconozcan mi voz y se alimenten de sus proteínas y sus lípidos plácidamente mientras yo me nutro de tu mirada, del recuerdo de tu mirada o del deseo de tu mirada (de algún modo las tres cosas son equivalentes, no sé cómo). Lo repito porque Huxley decía que 62,400 repeticiones hacen una verdad. Quizá unas pocas menos sembrarán en ti por lo menos una buena razón para creerme.

En una noche (ésta, de preferencia) podría volver a mi silla de alumno, seguir atento la clase, tratar de entender la historia de los pueblos que confluyeron en tu piel, tomar aplicadamente notas sobre todas las dudas que aparezcan para luego preguntarte cada una bien bajito al oído, y que te rías y que me mires con complicidad. Me dirás: "pasemos a la clase de matemáticas, las letras no son lo tuyo al parecer". Dos líneas derechas confluyen, dos unos que toman el riesgo de formar sociedad.

Como la energía no se crea ni se destruye sino que sólo cambia de nombre (como los ríos al dar lugar a ríos más grandes) pues no hay pérdida de ninguna parte, sólo adhesión. A menos que en realidad el dato sea inexacto. Esto de los mundos paralelos tiene un aire de que puede ser cierto. Quizá en un universo simultáneo después de un beso uno de los unos desaparece, se evapora, nace como avispa en otro continente. Qué miedo.

Quizá en otro plano un beso es como una colisión de astros, planetas enteros son arrasados por la explosión, pero luego nacen nuevos planetas, más fecundos, repletos de vida y de esperanza (dijo Etienne que vienen juntas, ¿no?).  
Qué loco.

Amo tanto la Ciudad de México. Esa ciudad es un gigante ensimismado. Deberían un día vaciarla, hacer a sus veintidós millones de habitantes ir a tomar un café juntos a Veracruz y volver ya con la mente despejada. Es una ciudad mágica, mágica y brutal, eso es. Esta ciudad sí que te pega bofetadas, Buenos Aires apenas te amenaza, y eso si la hostigas mucho. Veintidós millones de almas en un valle cercado, viviendo en construcciones erguidas sobre un lago secado adrede, almas caminando juntitas, apretadas unas contra otras. Todo pasa, todo al mismo tiempo, ahí todo el mundo entendería fácilmente esto de los universos paralelos.

(un señor lee el periódico mientras alguien le saca brillo a sus zapatos; detrás venden fruta fresca, jugos y licuados, desde el antigripal hasta el súper-energético; delante hay una torre llena de corporativos de la que sale gente trajeada en fila india para completar el ejercicio del simulacro de sismo; a la izquierda, a pocos metros, un niño hace malabares cuando los autos se detienen, mientras dentro del auto que quedó adelante una chica aprovecha la

luz roja para terminar de maquillarse, desayunar y hablar por teléfono; y a la derecha un santo pasa en procesión, de iglesia a iglesia, a través de muchos universos paralelos, conducido por una corriente humana que canta y reza)

Veintidós millones de realidades, qué increíble. Uno se siente parte y a la vez distante, todo pasa al mismo tiempo, tan erráticamente, tan brutalmente que uno no se da cuenta de que todo tiene un orden. En esa ciudad magnífica el caos y el orden están casados, son homosexuales, sí, ningún problema, y ambos dan clases de planeación urbana y sociología, sólo que en distintas universidades.

Hay elecciones pronto en México, las apuestas se elevan, las encuestas son trompetas de victoria que suenan temprano en todos los bandos. Los ciudadanos están hartos, pareciera que asisten a un desfile de botargas, las campañas son un show cómico-mágico-musical que dura como mínimo un año. ¿Sabías que en México aún quedan monárquicos de clóset? Están calladitos en Querétaro.

Ese país es un Rembrandt y un Dalí mezclados con Photoshop. Realismo crudo y más crudo surrealismo tomados de la mano, imaginando cosas juntos, produciendo algún tipo de meta-realidad, superación definitiva del abstracto e inauguración de un nuevo género poético: la mexicanidad (en arquitectura llamado el churrigueresco o barroco mexicano).

Vi tu sonrisa por última vez hace pocos minutos. Sigo hablando para tratar de conservar la calma. Aquí no pasa nada, soy un hombre que ha quedado brevemente, levemente soltero en la ciudad,



lo cual debería ser el inicio de una gran aventura, algún deleite que me indique que no estoy bajo el yugo opresor de ningún individuo ni individua,

que soy libre y que la ciudad da para mucho.

Ja, ja.

Mi insurgencia sería brutalmente reprimida por mí mismo, signo infalible de que el colonizado ha perdido toda autonomía.

Imperialismo cultural, dirían algunos, desear el yugo como un objeto de moda,

mira qué yugo tan lindo / quiero uno como ese / una parte de mi próximo sueldo lo invertiré en ese yugo, además ;queda tan bien con el saco café que me compraste en navidad!

Sí, estoy bajo tu yugo opresor, me preparo un café y busco algo en la tele. Sigo hablando para tratar de conservar la calma.

Pero bueno, tú y tus viajes.

# V

Ernesto y Eugenia me dijeron esta tarde que fuerza es igual a masa por aceleración:

$$f = m.a$$

Yo les creo. La verdad no estoy en condiciones para debatirles nada. Me acuerdo de cuando estudiaba física en el secundario, absurdos despliegues numéricos que en mi cabeza carecían de toda lógica, sólo útiles para una nota, un número que me pusiera en algún sitio de la escala de calificaciones:

el niño es inteligente o el pibe es un idiota.

Y claro, en medio la asquerosamente indulgente y lastimosa inteligencia promedio. Una pelotudez.

Pensar que todas aquellas leyes físicas ocurrían en mi cuerpo, al lado mío, en el aula, palancas, aceleración, gravedad, evaporación, excitación de átomos, transferencia energética, equilibrio térmico, entropía (tendencia natural al caos, uf). Una verdadera maravilla.

Si alguien me hubiera dicho como hoy en el almuerzo Ernesto y Eugenia que la habitación de un adolescente explica la entropía y que un salero desliziándose sobre una mesa puede explicar la aceleración constante y tantas otras cosas, mi vida hubiera sido mucho más fácil durante aquellos años.

Al mover el sillón se cumplió la fórmula citada arriba, sólo que el impacto del hallazgo que siguió no fue previsto para nada en el cálculo. El carrito de tu sobrino me hizo recordar esa tarde en

que jugamos juntos y nosotros dos quisimos explicarle el calentamiento global, y acabamos viendo la trilogía de la Era del Hielo. Ese día me pregunté seriamente porqué es que los niños tienen que crecer. Ellos podrían resolver fácilmente el tema del cambio climático. Debería haber escuelas para adultos donde las clases las den los niños. Lo que los diferencia de nosotros, diría un psicólogo, es simplemente su curva de aprendizaje, es ascendente y la nuestra es estable o es decreciente.

¡Vamos para abajo, che!

Tomé el carrito y lo estuve viendo un rato, obviamente volví a mi infancia y recorrí mi habitación de entonces. Yo a esa edad tenía claro que quería ser detective. Luego cambié de orientación vocacional a arquitecto, luego me interesé más por la historia y la geografía, después la astronomía y hasta me compraron un telescopio. Después opté por el arte, volqué mi interés al piano, la pintura, los libros, luego comencé a escribir y a pretender una carrera en la filosofía. Al final acabé en las Ciencias Sociales, hundido en las Ciencias Sociales, embarrado en la indeterminación misma, indeterminación que para colmo hay quien te quiere enseñar como objetiva. Y es ahí donde uno se lamenta no haber salido bueno para los números, hacer algo un poco más productivo socialmente. En fin, algunos de mis compañeros se resignaron diciendo que habían tenido malos profesores de matemáticas y física, pero yo creo que cada quién tiene al profesor de matemáticas que se merece. Alguna cuestión kármica quizá.

Lo cierto es que nunca me pasó por la mente buscar una relación más profunda con los números. Cumplieron su papel: mostrarme los límites de mi inteligencia.

Los números pueden explicar tantas cosas, y las fórmulas ni se diga, aunque el sistema educativo exagera cuando insiste en que quien no sepa trigonometría no podrá triunfar en la vida, y quien no resuelva una diferencial no podrá entrar en el reino de los cielos.

Los próceres, los padres de la patria, los santos, todos seguramente habrán sido unos genios en cálculo y en álgebra. Simón Bolívar, San Martín, y Belgrano: tres matemáticos prominentes. Jesús en el discurso del monte pronunciándose en contra del uso de la calculadora para resolver seno, coseno y tangente.

Los parias, los desterrados, los infames que reprobaban los exámenes de matemáticas corren el peligro de devenir algún líder totalitario, algún monstruo socialista, algún hombre sin oficio ni beneficio.

Salí del secundario consciente de mi inteligencia promedio: no te hagás problema, che / hay aún muchas opciones profesionales para vos / ve si llegás a ser un gran filósofo / un gran literato / un gran científico social / o un gran boludo.

Cuando llegué a Buenos Aires ya había culminado toda esa etapa, ya mi autoestima profesional estaba más bien cimentada, ergo yo juraba que estaba preparándome para ser socialmente útil. Aún lo creo. Parece. Ya lo dijo Wilde, *all art is quite useless*, y también las ciencias sociales, le faltó decir. Pero bueno, qué le vamos a hacer.

Esas ballenas que encallaron en España no tendrían tantos problemas, su supervivencia es lo único que está en juego, pero no su nota en el parcial de matemáticas ni su orientación vocacional. Si fuéramos los paladines a punto de batirse en duelo sería el mismo caso, en la Edad Media casi no se estudiaba, che, y se lo pasaba tan bien, en castillos y torres, pura aventura, pura emoción. Pero me hubieras matado, o te hubiera yo matado.

Tampoco los pintores en Nueva York hubieran tenido que saber mucho de matemáticas, aunque seguramente su arte abstracto habría sido resultado de un severo trauma en la infancia causado por no encajar en el sistema educativo. Sus padres les dirían: ¡Inteligencias múltiples las pelotas! / si no sabés derivadas sos un tipo sin futuro / ¿y así pensás aprobar el año? / ¿Qué pensás hacer en la vida con estas notas en geometría?

Y ellos responderían: Arte abstracto, viejo, arte abstracto, y venderlo por millones en el Guggenheim.

¿Podré medir la fuerza de mi deseo multiplicando su masa por su aceleración? No quisiera ni intentarlo. El deseo es algo que sólo se puede medir en laboratorios especializados, ahí donde tienen reactivos químicos y aparatos de medición muy potentes. Se lo extraen a uno de la médula y lo analizan con cuidado. Un amigo que es bioquímico, Leandro, me juró que un día un colega se contagió de deseo tras estudiar las muestras de un paciente pues al parecer había una fisura en su traje y alguna espora de deseo se filtró, entró en contacto con su piel y ¡a cuarentena!

Me puedo conformar con mirarte llegar a casa y sentir cómo va creciendo la tensión en mi sistema. Ambos somos dos convencidos de que el vino es saludable para el cuerpo y para el alma. El vino es

también un Agente Catalizador y Conductor del Deseo (CCDA, por sus siglas en inglés).

Los CCDA pueden facilitar procesos, pero también tienen la capacidad de regularlos, son como las vías de los trenes, permiten el avance y el equilibrio, permiten que los pasajeros lleguen a tiempo a Londres a las 11:34 a.m. así tengan que pasar por debajo del mar, sin que la velocidad y la potencia impida que al interior puedan tomar un té sin volcárselo encima. Es decir, los CCDA permiten que nuestros cuerpos vean sus masas movilizadas, comprometidas en un movimiento (no rectilíneo, no uniforme) de impensable liberación de energía mientras nuestras almas gozan de una conversación tranquila hablando de cualquier cosa, como si fueran esos pasajeros que viajan de París a Londres por el Eurostar.

El vino nos hace colisionar los cuerpos como dos trenes, mientras nuestras almas están en paz tomando el té sin volcarlo encima.

## VI

Aquí me permito una pequeña digresión (me dijeron que en poesía esto es aceptable siempre y cuando no se dañe a terceros, no se ponga en juego la integridad del territorio nacional, la infraestructura urbana del país de uno ni la paz pública).

Hace rato, mientras dormía, mi sueño andaba paseando por Brasil, el cerebro tiende a decodificar en la noche la información obtenida en el día de maneras que la historiografía moderna consideraría hasta plausibles, pero que el arte contemporáneo consideraría demasiado amorfas para ser expuestas en una galería: váyase, señor / su arte es un desastre / la Asociación de Pintores Surrealistas-Marxistas-Barrocos de Corazón Abierto a Propuestas Frescas (la APSMBCAPF) ha dictaminado que su arte es una grosería.

Soñé que era un joven en una recién formada favela en Río. Poco tiempo atrás había terminado el segundo gobierno de Getulio Vargas. Entré a mi casa y había un intenso debate sobre la industrialización y sus consecuencias, sobre construir fábricas y tener una industria acerera nacional, sobre lo que venía para el país ahora: filho, o que você acha? / não pai, não sei nada de política / eu quero ser musico.

De pronto me doy cuenta de que yo no soy brasileño, entonces mi cerebro rectifica y me pone en la Ciudad de México. Perdí mi bronceado per-fec-to en un segundo, una verdadera lástima.

Luego me doy cuenta de que en este momento no estoy en México. Mi cerebro rectifica de nuevo: acabo parado en una de esas ciudades comodín que hay en los sueños, en las que en una cuadra está la

casa de tu infancia y en la de al lado viven prácticamente todos los personajes que puedas necesitar para aprender la moraleja del sueño.

Entré a la cocina y convenientemente ahí está mi mamá justo preguntándome qué se me antoja comer hoy, los de la galería de arte no saben de lo que se están perdiendo al rechazar tus cuadros / você merece entrar na APSMBCAPF / o que você quer comer hoje? / você va ser o maior artista do Brasil um dia.

Después aparece John F. Kennedy en la tele hablando de reciclar metal de autos viejos para que la industria moderna baje su huella de carbono. Alguien en el sueño tiene la teoría de que esa sería sin dudas la causa de su asesinato. La trama del sueño se resuelve conmigo bailando swing en un salón de los años treinta.

La sociedad, la comunidad y mi núcleo familiar me trataron de enseñar durante la infancia a no ser random. Mis sueños son el último reducto de aleatoriedad que queda en mí.

Mis sueños son como esos caballos indómitos que uno ve anunciar cigarros en la tele, bien salvajes pero aun así útiles al sistema capitalista de algún modo.

Quizá los sueños son lo que sustenta nuestra economía de mercado, nuestros sistemas políticos, nuestra vida en sociedad. Son esos pequeños arneses que nos enseñan que la realidad es flexible, que uno la puede cambiar, que uno puede hacerle ver al cerebro (o a la vida) que incurrió en una imprecisión geográfica, que uno no es brasileño ni tiene tan buen bronceado encima, que uno no anda buscando afiliarse a la APSMBCAPF, que uno lo que en realidad quiere es bailar swing en un salón de los años treinta, y que de algún modo logrará ese cometido, esa trascendencia socio-económica, ese alcance profesional, ese despliegue de talento.



Mi cerebro fue recolectando por años lo que me iban enseñando los libros, los amigos y la televisión, agregó hielo y batió todo en un shaker monumental: el resultado es esta margarita-destornillador-martini-sex on the beach que es mi vida.

O quizá mis sueños sólo buscan desesperadamente organizar un poco el desastre de mis días, sin ellos no advertiría la relación estrecha que hay entre el gobierno de Getulio Vargas en Brasil, la vocación anti-cambio climático de Kennedy y lo que ha de cocinar mi mamá hoy, ni descubrir mi verdadera vocación en la vida, bailar swing como los grandes.

(Al fondo de los sueños está el deseo.

Si te quise te querré en sueños.

Si te quiero te querré en sueños.

Si te querré te querré también en sueños)

Quererte a vos, a ti, es vivir una aventura de dimensiones latinoamericanas, es ante todo cumplir un mandato de deseo dictado al verte

pero vigilado desde la Oficina de Registro y Vigilancia de los Deseos, cuya burocracia se aloja en la parte del cerebro que diseña los sueños cada noche.

Quizá en mi sueño de anoche eras tú quien opinaba que a Kennedy lo mataron por ecologista, por reciclar. Quizá eras alguien que pasaba por la calle y que sólo vi de reojo antes de entrar a mi casa en la favela de Río de Janeiro. Quizá eras mi consciencia diciendo que yo no era brasileño y que tampoco estaba en México en ese momento. Quizá estabas esperando tu turno en esa parte del cerebro

que arma los sueños, alistándote para salir a escena, bañándote en tu casa situada en la cuadra siguiente de la mía en esa tercera ciudad. O quizá bailabas conmigo swing en los treinta.

Los sueños son menos aleatorios de lo que creemos, es la realidad la que no es lógica: si yo te quiero debería tener todo el derecho de bailar contigo cualquier ritmo, en cualquier sitio, en cualquier época. *It makes no difference if it's sweet or hot; just give that rhythm everything you've got. It don't mean a thing if it ain't got that swing.*

## VII

Piazzolla siempre me inspiró alternativas viables para proponerte cosas. Mis maestros me dijeron que el tango es un diálogo en el que un uno elabora soluciones que son propuestas delicadamente al otro uno, quien puede, o no, aceptarlas.

Un uno pone y el otro uno dispone, es el lenguaje binario por excelencia, nada está dicho hasta que el otro habla también.

Si no acordamos no avanzamos. Todo avance es en el alma. El suelo poco importa, deja de importar con los compases, deja de importar con cada caída del bandoneón sobre las rodillas de Piazzolla.

El tango nos enseña a escucharnos. Pocas cosas logran eso en estos días.

Ahí donde el mundo tiende a la incomunicación el tango aprieta las cuerdas y pone a punto los sentidos.

Bailar es ir del equilibrio al desequilibrio al equilibrio, un, dos, tres, cuatro, equilibrio, te detengo, desequilibrio, te contemplo, un, dos, caminamos juntos bien lento, tres, cuatro, mi mano te indica que quiero verte girar, te hago espacio, te rindo culto, cinco, seis, siete, ocho, punto de partida, pies juntos, Gardel nos dice que no hay que apostar, no le hacemos caso, un, dos, tres, cuatro, cerramos los ojos para comprobar si aquello es real, somos dos ciegos que avanzan siguiendo su instinto combinado,

nos sostenemos mutuamente, nos detenemos al terminar la música, nos miramos aún sin saber si todo aquello es real.

Bailar es perpetuar la duda, es mantener la incertidumbre, es andar con todo y miedos, con todo y pasado, con todo y deseos. Bailar tango es como ponerse al borde de un abismo de deseo y comenzar a hacer malabares con los ojos vendados.

# VIII

Inevitar lo postergable.  
Que venga lo que podría  
tranquilamente  
no venir.

Yo inevito, tú inevititas lo postergable.

Acordemos un viaje juntos y listo.

Rompamos la distancia de un golpe seco, con los pedazos hacemos una escultura ecológica que sumamos a nuestra colección de arte a vender en el Guggenheim en el que exponemos la próxima semana. Los paladines a pocas horas del duelo se arrepienten, van a una taberna medieval y se hacen amigos, luego pelean en las cruzadas juntos. Las ballenas no encallan, o encallan y se liberan solas. El mundo fluye, tú y yo inevitamos lo postergable, rompemos esta tendencia a la distancia, fuerza es igual a masa por aceleración, juntamos toda la masa de nuestros múltiples "yo" en los universos paralelos y la hacemos tomar dos trenes enfrentados, colisión de magnitudes impensables, varios megatones de deseo ampliamente explicados por las otras ochocientas fórmulas de la física que desconozco.

Yo inevito, salgo al balcón en busca  
de algún indicio de la luna,  
pienso en vos e inevito la nostalgia,  
la invoco y doy mi dignidad como prenda de sacrificio.

Los correos electrónicos son el harakiri de los nostálgicos.  
La impersonalidad, la rapidez, el hecho de que para vos sea de noche y para mí ya esté amaneciendo, todo eso juega en el equipo de la vejación sistemática de mi dignidad; malbarato el poco respeto que me puedas tener en desplegar mi mayor cursilería y dejarte ver que soy caso perdido, los que vamos a morir te saludamos, Cesare, aventame a los leones, que me pase encima un elefante, me encantás, me fascinás,  
hacé de mí lo que quieras.  
Nuestro amor es postergable bajo todos los parámetros, podríamos dejarlo para después,  
podríamos tratar de mantener la calma,  
en caso de incendio no grito, no corro, no empujo / precaución, alta tensión,  
no toque / no por mucho madrugar amanece más temprano / se ruega a los pasajeros que vuelvan a sus asientos, el avión no se ha detenido completamente, esperen hasta que lleguemos a nuestra ubicación final en el andén. No, no y no.  
  
Te quiero ahora mismo, sin prórrogas, sin cinturones de seguridad,  
sin calma.

# IX

El hombre es el animal que pregunta.

El día en que verdaderamente sepamos preguntar, habrá diálogo.

Por ahora las preguntas nos alejan vertiginosamente de las respuestas.

Julio Cortázar.

Quiebra la distancia con tus manos. Es más útil en pedazos. Quiebra y construye al mismo tiempo esa escultura que pondremos junto a nuestras pinturas en el Guggenheim.

Bésame con la confianza del artista,

con la desinhibición que otorga el trueno a la tormenta, con la convicción con la que vamos uno contra el otro como esos paladines en un universo paralelo.

No te pregunto, no te quiero preguntar, te exijo. Sugerirte sería aplicar un ungüento donde no hay herida, la sutileza aquí no va. Necesito que te atrevas a aceptar esto de los vuelos y el punto de encuentro, esto de las colisiones y las reacciones en cadena, esto del amor de dimensiones latinoamericanas.

Hay que aspirar a ser una pregunta que ya ni se pregunta, el desuso del lenguaje puro y duro, la muerte de la RAE.

Debemos ser como ese silencio bien puesto que te dice tanto o más que la nota musical bien puesta.

Debemos ser una mirada que lo diga todo,  
es más, un pensamiento que lo diga todo, o menos que eso.

Quiero que seas mi deseo y ya no el destino de mi deseo, quiero que pases de estar más allá de mi epidermis (de ser una realidad externa) a ser una fuerza que se proyecta desde dentro, ese electromagnetismo dado por los millones de nervios con los que contamos, esa fuerza vital que nadie sabe explicar o que te explican diciendo que viene de la comida y del sol y de las vitaminas, no es cierto, la vida viene del deseo, Dios deseó la vida y la vida deseó la vida y esa vida deseó más vida (la vida fue deseada por Dios y por la vida, cosa que sólo trajo cada vez más vida y más deseo).

La vida nada en deseo, somos plancton en el mar de deseo que es el universo. A nosotros nos comen las ballenas galácticas que encallan en costas increíblemente grandes y son rescatadas por activistas colosales y luego immortalizadas por la prensa inter-dimensional. Piénsalo, somos tan absurdos sin deseo.

Pero con deseo todo cobra sentido. Deseo y silencio: el silencio como preludio del deseo, un respiro en medio de tanto deseo. Dios está escondido tras cada quark y todas las otras partículas subatómicas, y ahí, en esas pequeñísimas instancias, suspira y canturrea alguna canción hermosa que le surge del deseo de construir más vida y de tener cada vez más vida que abrazar en todos sus universos de juguete, en todos sus jardines cósmicos en los que siembra y siembra y sueña y sueña.



Dios es prueba de que el deseo es lo incontenible; un día explotó de ansias y se puso a construir mundos y mundos por todas partes, te llamas Adán / te llamas Eva, saludense / son el uno para el otro / ámense, deséense, que es lo más lindo que hay para hacer en esta casa que les dejo aquí girando alrededor de una brasa que les encendí para que no tengan frío.

El romanticismo no lo trajo Mendelssohn ni lo impuso Victor Hugo: lo creó Dios. Y Jesús lo dijo claro, "ámense los unos a los otros como yo los he amado", quien ve en eso una orden para ir y construir templos, para pasar parte del día rezando o para correr a confeccionar restricciones al amor que luego todo mundo acaba ignorando (¡o peor, siguiendo!) está ciego, tercamente ciego.

Dios, escondido como está detrás de cada quark, es quien facilita las conversaciones entre los niños de todo el mundo cuando tratan de explicarse unos a otros qué diablos está pasando con los adultos de hoy. Dios les pide a los niños que tengan paciencia, que respiren hondo y aguanten, que no se dejen corromper por el sistema.

Ahí está Dios, tras los quarks (se mudó del átomo al Dalton y del Dalton a otras partículas subatómicas conforme la ciencia fue avanzando en la exploración del mundo microscópico), ahí está deseándonos lo mejor, es más, deseándonos vida, conectando las frecuencias, las fuerzas y las ondas necesarias para que nuestros electrones corran como locos y para que nuestro planeta no se aburra de pasearnos alrededor del mismo punto como hacen con los niños los juegos mecánicos de una feria.

Queda de más decir que no es el mismo punto, y es por eso que hay que aplaudir el ingenio de Dios, quien dispuso brillantemente que

todo girara pero que también se desplazara, todo tan rápido y de forma tan bien coreografiada que para nosotros resulta como el pas-de-quatre del lago de los cisnes.

Y obvio, ahí estuvo Dios sugiriéndole a Tchaikovski dónde poner los silencios, porque sin silencios la música es ruido seco.

No te pregunto, no te quiero preguntar. Te exijo que me beses. Tú a mí, sí, ¿porqué yo a ti siempre? Esto de la uni-direccionalidad es arcaico, medieval.

Te elijo para que me beses. Mi deseo te elije como eje de deseo, como preludio de sí mismo, como condición sine qua non para que exista y me reviente las venas de esta forma cada que te veo.

El saber preguntar podría consistir en saber cuándo no preguntar, cuándo no relativizar el deseo, cuando no atenuar la vida.

El hombre es el animal que pregunta dijo Cortázar, y me queda claro que a veces pregunta por el solo gusto de preguntar, quizá encuentra más atractiva la pregunta que la respuesta que pueda o no haber.

Quizá nos gusta jugar con eso de la duda metódica de Descartes y aplicarla particularmente a las cosas sobre las que más certeza tenemos.

O bien:

- (A) La duda como catalizadora del deseo,
- (B) la pregunta como vehículo para el placer, y
- (C) la respuesta como resultado accesorio, hasta indeseado.

*Ça existe puisque c'est beau*, existe porque es bello, lo dijo el Principito, no lo dije yo, y ya nos demostró el cine norteamericano del último medio siglo que a los alienígenas hay que hacerles caso (quizá hay algunos tan bestias como nuestros adultos, pero también habrá algunos tan sabios como nuestros niños, como el Principito).

El deseo existe porque es bello, asfixiantemente bello. Por eso quiero que te incorpores a mi deseo, que no estés allá afuera y que mi deseo tenga que ir hasta ti para buscarte y acercarte a fuerza de todo tipo de adulaciones.

Sí, tu belleza es asfixiante, pero no me hagas decírtelo tanto, mejor sé mi deseo y quitame el aliento desde adentro, ¿de qué murió? / Su amante lo mató de deseo / ¿exterior o interior? / Interior, mi capitán, interior; es el único veneno verdaderamente letal que se consigue hoy en día en las farmacias.

"¿Cómo?", esa sería ya una pregunta que conduce a la incomunicación, dijera Cortázar, lo echaría todo a perder. No te atrevas a preguntarme cómo,

no cortes este fino paño de deseo que te ofrezco.

Si perdemos la dualidad infame a la que nos condenan los números y las restricciones al deseo (y al amor) impuestas por quienes no leyeron bien el discurso del monte ni ninguna otra de las brillantes conferencias de Jesús, entonces los dos paladines no serían dos sino que serían uno y el amor de la doncella en pugna

no tendría que venir al precio del sacrificio de uno de los dos paladines.

Es más, las ballenas no serían dos sino una ballena monumental que no encallaría porque sería precavida dadas sus dimensiones escandalosas, y claro, viviría una vida feliz amando y siendo amada por el mar.

Y ya que estamos, la pareja de artistas que somos en un universo paralelo, pues resulta que si los fundes obtienes a un genio de la estatura de Klimt o de Van Gogh, cuya obra es puro amor hecho color, pura luz ensimismada, deliciosamente hipnotizada por las notas y los silencios que Dios tan esforzadamente puso en los ojos de esos genios.

Conclusión: si quitamos los números queda sólo deseo, todito para nosotros, para disfrutarlo como una entidad unificada, una sola nube de electrones animados por un Dios que les echa porras.

El universo está ahí para que lo llenemos de deseo, para que el amor reverbere, para que la vida abunde, para que los electrones giren como locos y los planetas sean como electrones. El hombre busca en mil flores lo que puede encontrar en una, y en mil preguntas lo que puede encontrar en un silencio, en uno de esos intervalos entre caricias, en ese preludio del deseo en que quiero que te conviertas: instálate en mí, sé mi deseo, abraza la inmortalidad que ofrece el Olimpo por el heroísmo de besarme constantemente, por superar las pruebas hercúleas que impone mi aleatoriedad y mi insistencia en el hecho de que me encantas, por aguantar el martillo delirante que te impongo al decirte que te quiero.

# X

Entiendo, o creo que entiendo ese silencio tan dulce que se instaló en nuestra pieza. Sentado entre nosotros, el silencio nos despeina y nos enreda en juegos de palabras no dichas que acaban confrontándonos de la mejor manera que se puede.

No preguntar nos hace tanto bien. Los minutos se alargan, nos condicionan el aliento, nos transforman en náufragos sedientos. Esta tarde no va a ningún lado, somos la deriva misma, somos el relato tosco de la falta de aire y la sed infame, somos unos juguetes del deseo.

Sos una frase cortada de tajo por el más amable de los silencios, el silencio te esculpió, las campanas son campanas mudas, son mágicas, nos hacen ir atrás, al punto de encuentro, al momento cero, al minuto previo a que nos conociéramos.

Sos el rastro de pedazos de alegría que hay que seguir para encontrarte.

Vos y tu cuerpo hacen las veces de insomnio.

El silencio no duerme hoy, está ocupado atándonos, tejiendo estos amarres estilo Gulliver, somos gigantes en esta isla, nuestro deseo es demasiado grande, demasiado peligroso para los locales, los amarres tienen la función de contenernos hasta el punto en que más rotundo pueda ser el estallido de insolencia desde nuestras gargantas trabajosamente silenciadas.

No te pregunto si vos a mí me querés, todo queda casi siniestramente demostrado. La incertidumbre en la teoría (la duda metódica de Descartes) convive infamemente con la claridad de tus manos, somos el salto más audaz hacia el barranco, no pueden menos que ovacionarnos cuando descendamos ilesos de la montaña. Tus manos son el reto más feroz a mi silencio.

Conozco esa mirada trágica y radiante a la vez, dramáticamente desplegada frente a mí como un proyector de cine que se ve de frente;

la luz de tus ojos es mitad fiesta y mitad desventura, sos un sol en ciernes, sos un ser mágico resignado a mi insoportabilidad y mi cariño.

Nacés frente a mí, la locura nos respalda y nos anima, aún quedando cada vez menos coherencia incluso en el silencio. Todo se contradice de maneras tan placenteras, che.

Wilde decía que la ilusión es el primero de todos los placeres, quizá el segundo es la contradicción, esa cosa que viene tan fácil, que está tan a la mano, el arte de decir lo que uno quiere dos veces, con pocos segundos de distancia entre cada vez, y que sea lo opuesto; la ciencia de encontrar tendencias estadísticas que permitan prever un poco el rumbo irreversible de tus besos.

Seguir por esta vía nos conducirá a la más sórdida negligencia del oxígeno. Después me inducirás en algún estado hipnótico. Cuando el silencio cese ya será de madrugada, el día estará brillando sobre China,

vos y yo querremos platicar un poco antes de dormir. Abrirás la ventana y me mostrarás la luna.

## XI Sobre el autor



« Christopher admirando un cup cake ».

Foto de: Antonia Lundquist (Suecia).

Christopher es un mexicano que vive en Argentina. Escribió este libro entre Costa Rica, Cuba y Uruguay. Se dice experto en amores platónicos y / o a distancia. Dice que algún día hará una novela.